

por ALONSO QUESADA



¿Qué comisión es esa que pasa? ¿Ha muerto un hombre notable y esta comisión va de casa en casa para que todos cerremos las puertas en señal de duelo? ¿Ha llegado un obispo y la comisión visita a los ciudadanos para que éstos engalanan sus balcones? ¿Qué ocurre? Esta comisión está compuesta por cinco, seis señores. No es comisión fúnebre porque sonríe alegre; tampoco se relaciona con la llegada de ningún obispo porque la alegría es extremada, y, por lo tanto, impropia para una autoridad episcopal.

No hay fiestas de barrios ahora. San Roque pasó, San José no ha llegado, la Naval ha pasado asimismo. Esta comisión no puede ser tampoco de esas que se forman en los barrios y recorren la ciudad con un niño regordete de escayola en los brazos. Esa comisión terrible, son empleados que se echaron a la calle a pedir un aguinaldo de Pascuas.

Estos hombres hacen todos los años unas tarjetitas deseando felicidades a otros señores que probablemente son antipáticos, pero que tienen unas cajas de hierro y al recoger la tarjetita y guardarla en esas cajas entregan en cambio un billete de cinco duros. Si no entregan este billete, sino dos duros o tres, los empleados rectifican de palabra los deseos impresos en la tarjetita. Salen diciendo: "Mal rayo te parta hijo de perro".

¿Y cómo deseando tantas felicidades en un momento, pueden trocarse estas ansias delicadas por deseos de una muerte fulminante? ¿Es que realmente no desean esas felicidades o las están deseando hasta tanto se compruebe si es digno de felicidad el hombre que da los dineros? ¿Y por qué se ha de desear más felicidad al hombre que da veinticinco pesetas que no al que dé diez? ¿No es justo que éste como más pobre debe ser acreedor a más felicidades?

¡Ah! Nosotros vemos esta comisión por las calles y sentimos una vaga melancolía. No, no es posible encauzar a estos hombres que no sienten el pequeño pudor de pedir aguinaldo a personas extrañas. Todos estos hombres viven de la Providencia; del azar. Ellos no podrían nunca hacer nada serio en la vida, si desapareciera este consuelo del

Fiestas y regocijos

Navidad

por DOMINGO J. NAVARRO

Pocas eran las casas que no tuvieran su Nacimiento en forma de risco con muchas cuevas y fabricado con raíces de cañas, papel bazo y poliadas, gachas; pintado con almagre y decorado con ovejitas, pastores, el portal, la mula y el buey, el Misterio y el ángel con su letreiro gloria in excelsis. Unos más sencillos, otros más complicados, todos eran objeto de continuas entradas y salidas para satisfacer la curiosidad hasta el día de la Candelaria que terminaba el largo visiteo.

La Nochebuena se dedicaba a la misa de la Catedral y luego a la gran cena de cazuela de gallina y pasteles de carne de cerdo.

En toda la temporada de Pascua es-

taba la ciudad día y noche atormentada con los ranchos de cantadores que cantaban romances con panderos, repiqueteo de asadores, sonajas o cascabels, bajo el pretexto de pedir para las ánimas benditas.

El día de Reyes había que calafatear los oídos para sufrir los infernales redobles con que la banda de tambores del regimiento felicitaba, hasta que recibía la propina.

Fuera de esto, los días de Pascua hasta Reyes eran obligados a recíprocos banquetes.

Recuerdos de un noventón/Domingo José Navarro.— [Las Palmas: Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria] 1971 (Libros de antaño; 5).

aguinaldo. Comprendemos que los jefes de estos hombres remuneren sus servicios con un extraordinario cada año, pero no entendemos que los hombres de la calle estén obligados a soltar sus duros en beneficio de estos seres de la tarjetita.

Este año, sin embargo, las comisiones parecieron menos. Acaso la gente comprende, al fin, que la felicidad no es de este mundo.

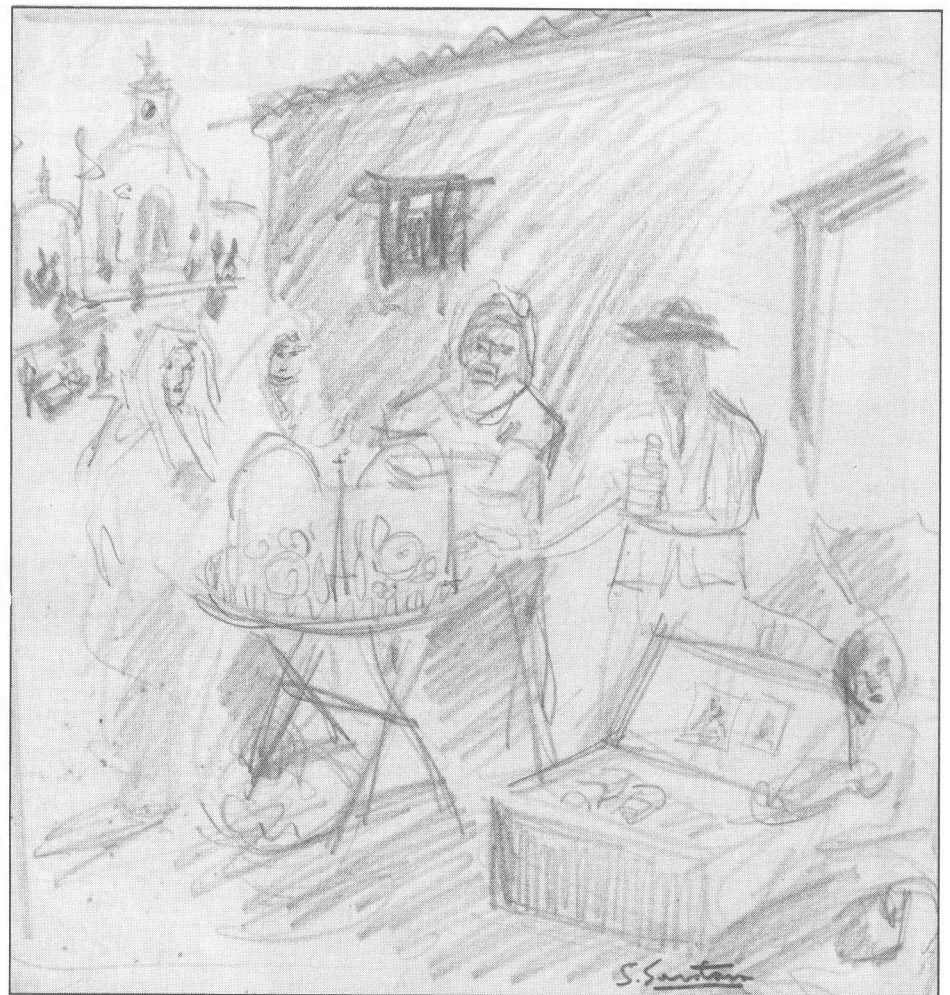
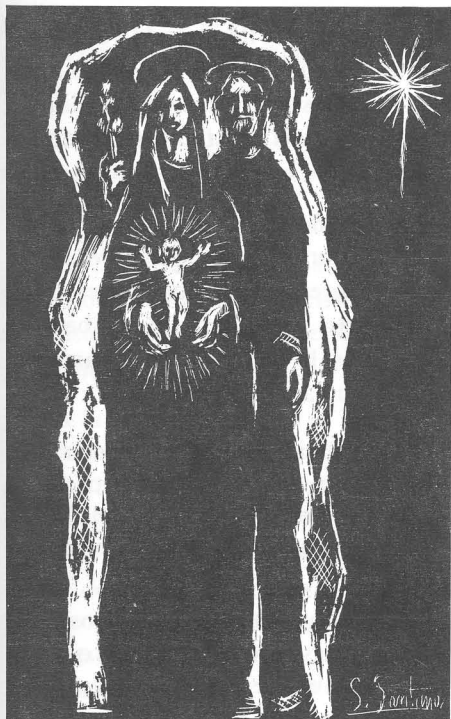
HILARIO MONTES
28 diciembre 1923

Siguen los Aguinaldos

Ayer hemos tenido que ir al Juzgado a declarar. Un señor, al parecer portero, nos ha visto por primera vez y nos ha dicho: “Que tenga V. muy felices Pascuas”.

¿Por qué este hombre nos desea estas felicidades? Nosotros nos hemos encontrado estos días con muchos amigos, con amigos de infancia. Ninguno nos ha deseado felicidades. ¿Es que nuestros amigos nos aman menos que aquel señor del Juzgado? Esto es espantoso.

Porque luego hemos llegado de visita por primera vez a otra casa y el criado que tampoco nos había visto nunca nos



ha deseado también felices Pascuas. Nosotros, involuntariamente, hemos llevado la mano al bolsillo; pero no hubo tiempo de sacar ninguna moneda. El dueño de la casa llegaba en aquel instante. Y después, al salir, ya no nos encontramos con valor para pagar aquellas felicidades. Ciertamente las felicidades no se pueden pagar con nada en la vida.

Mas no para aquí nuestra dicha. Nosotros recibimos un periódico. Es casi natural que el que lo lleva nos desee todas las bienaventuranzas posibles. Pero el que allá, en el fondo de un sótano le da a la máquina, es absurdo que se acerque a nuestra casa a felicitarnos.

Toda nuestra vida ha sido un pequeño tejido de amarguras, de sinsabores, de contrariedades... Cada año hacemos un balance poco agradable. En el borde del año nuevo oteamos el porvenir. Nunca lo vemos risueño. Pero desde la fila del otro año miles de voces nos gritan: “Felicidades para el nuevo año”. Y corre el año y a su fin vemos que han perdido su buena voluntad los felicitadores. Somos como esos matrimonios que festejan estrepitosamente sus bodas y a los

que sus amigos dan miles de enhorabuenas... y después se tiran los trastos a la cabeza con enhorabuenas y todo. Las felicidades y las enhorabuenas deben darse cuando uno ha sido feliz en la vida.

Pero nadie desea nada bueno. El hombre está deseando que el semejante reviente. Finge que lo ama para darle más certero el puntillazo.

Estos deseos de Pascuas y de alegrías de hoteleros son para los prestamistas y los negociantes. Ellos se alimentan con la vanidad de los demás, que completamente convencidos de que se divierten gastan duros y duros en honor de una felicidad cursi y reglamentaria.

Deseemos otra cosa. Salud. Fraternidad. Procuremos rebajar los huevos y demás artículos y no seamos tan mentecatos.

HILARIO MONTES
29 diciembre 1923

Obras completas, crónicas de la ciudad y de la noche/Alonso Quesada.— [Madrid] Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1975. Tomo IV; Prosa.